to trágico las inspira, a pesar de la comicidad de sus tipos, el humorismo, de su lenguaje, y lo extravagante de muchas de sus situaciones. Un amargo sabor deja la lectura de estos libros, dedicados a la pintura de escenas, tipos y costumbres de Michoacán, en lo que Romero es inigualable. Sabor de ceniza nos deja el último libro, por su asunto y con la maestría con que está escrito. El autor se anticipa a su muerte y a sus funerales y no pierde un detalle de todo lo que le ha de suceder cuando la carne se encuentre en plena descomposición y el espíritu no se decida, aún, a desprenderse, por completo, de la envoltura terrena. Alcanza la obra una grandeza comparable a la de ciertas páginas de Quevedo, con quien el autor tiene un indudable parecido, sobre todo en este libro que está pidiendo unas ilustraciones de algún Valdés Leal criollo, o mejor unas aguafuertes de un Goya redivivo. Con Quevedo tiene de común, ese ir y venir de la luz a la sombra. La conversión de lo cómico en trágico, la alusión escatológica y la verba libre, sin tapujos, para asombro de timoratos. Como el gran escritor, es un satírico de las costumbres modernas, como el flagelo a una sociedad en descomposición y dice su mensaje que es de vuelta a los mejores tiempos del cristianismo. El libro tiene páginas muy bellas —las recogerá, más tarde, la antología— y sigue siendo, como todos los de su autor, muy mexicano, en todo y por todo, hasta en eso de jugar con la muerte, que ya va siendo signo de mexicanidad ejemplar.

JULIO JIMÉNEZ RUEDA.

Cuentos chaqueños, G. PACHECO B.—Potosí, Bolivia, Tip. P. Magne, 1935.
155 pp.

La vida de un escritor en Bolivia debe ser muy difícil. Allí pocos escritores publican y pocas personas compran libros. Los autores notables de un pueblo son los desconocidos en otro. Pero los hombres valientes como Gastón Pacheco continúan publicando sus libros y animando a los otros escritores a que escriban y publiquen.

Cuentos chaqueños es una colección de bocetos y memorias escritos en el Chaco desde el principio de la guerra en 1932 hasta la fecha de la evacuación de Gastón en 1935.

La censura prohibía que un autor mostrase la guerra "al desnudo", como explica el señor Pacheco en su "Nota al lector". Sin embargo, él nos da un intenso reflejo de la crueldad, el horror y la tristeza de esta guerra

fratricida. Se puede adivinar el sentimiento del autor en su cuento "Herido" que, con una nota autobiográfica, describe a un soldado boliviano que sufre una herida en la pierna derecha. No hay camillas en el campo de batalla. Varios soldados tenían que arrastrarse al sanatorio de emergencia. Este soldado sufrió en la mesa de operaciones: sufrió también en el hospital a pesar de las inyecciones de morfina, pero una mañana los doctores le mandaron a un hospital de retaguardia, y el cuento concluye: "Salir de este infierno después de un año y medio. ¡Bendito el hombre que me hirió!"

Hay sufrimiento y muerte en cada cuento. El autor no nos narra nada cómico. Es verdad que en "El héroe" asoman sonrisas y alegría, pero aun este cuento está lleno de tan amarga ironía que el lector nunca ríe. El libro es muy trágico, pero así fué la guerra del Chaco y de todos los libros que la describen pocos dan mejor idea de ella.

Su "Nota al Lector" promete "un trabajo de mayor importancia y amplitud... cuando la situación sea propicia". Ojalá que la publicación prometida para el mes que viene sea dicho libro.

WILLIS KNAPP JONES,
Miami University,
Oxford, Ohio.

Sanatorio, CARLOS PARRA DEL RIEGO.—Santiago de Chile, Zig-Zag, 1938. 321 pp.

Hay muchos buenos médicos en la América Española, pero no ha hecho mucho progreso allí la ciencia médica. En los hospitales importantes, yo he visto condiciones que no se aceptan ni aun en los hospitales más pequeños de los Estados Unidos. Una enferma del Perú me confesó que era casi imposible enseñar a las neófitas y tener confianza en ellas más tarde, cuando ella estaba ausente. Una misionera del Paraguay volvió a los Estados Unidos a hácerse operar porque resultan fatales la mitad de las operaciones allá.

En tiempos pasados parece que pocos pensaban en los problemas de la salud y de la enfermedad en la América Latina, pero si se escriben más libros como *Sanatorio*, vendrá una revolución en los hospitales del continente del Sur. Tal vez resultará un *Jungle* de Upton Sinclair.

Desde el principio, el protagonista observó la falta de eficacia del sanatorio. Cuando llegó, nadie le esperaba. El pobre tuberculoso tuvo que